

## CRISTO OCULTO DEL MUNDO

*La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron (Jn 1,5)*

De todos los pensamientos que surgen en la mente cuando contempla la morada de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, quizás ninguno es más conmovedor y dominante que la oscuridad que la acompaña. No hablo de la Su condición oscura en el sentido de ser humilde, sino de la oscuridad que lo envolvía y el secreto que guardó. Esta característica de su primer adviento está referida muy frecuentemente en la Escritura, como en el texto “la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”, y en contraste con lo que se dice sobre Su segundo adviento. Entonces “todo ojo le verá”, lo cual implica que todos le reconocerán, mientras que cuando vino por primera vez, aunque muchos le vieron, pocos ciertamente percibieron quién era. Había sido profetizado que “no tiene apariencia ni belleza para atraer nuestras miradas, ni aspecto para que nos agrade” (Is 53,2), y Él dijo a uno de sus doce amigos elegidos en el mismo final de Su ministerio: “Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú no me has conocido, Felipe?” (Jn 14,9).

Les propongo uno o dos pensamientos que brotan de esta misma circunstancia solemne, y que, con las bendición de Dios, pueden ser provechosos.

1. Primero revisemos algunas de las circunstancias que señalaron su permanencia en la tierra. Su condescendencia al bajar del cielo, al dejar la gloria de Su Padre y asumir la carne, está tanto más allá del poder de las palabras y del pensamiento que uno debería considerar a primera vista que importa poco si vino como un príncipe o como un mendigo. Pero, después de todo, *es* mucho más maravilloso que haya venido en un estado de abajamiento por esta razón: porque se podría haber pensado de antemano que aunque condescendía a venir a la tierra no se iba a someter a ser pasado por alto y despreciado. Los ricos no son despreciados por el mundo, y los pobres sí. Si hubiera venido como un gran príncipe o noble, el mundo, sin saber nada que era Dios, le habría mirado y honrado al menos por ser un príncipe. Pero al venir en un estado de abajamiento cargó sobre Sí una humillación adicional: *el desprecio*, ser despreciado, desdeñado, pasado por alto rudamente, profanado por Sus creaturas brutalmente.

¿Cuáles fueron las verdaderas circunstancias de Su venida? Su Madre es una mujer pobre, que llega a Belén para ser censada, viajando, cuando su deseo hubiera sido quedarse en su casa. No encuentra lugar en la posada, y es obligada a ubicarse en un establo. Da a luz su primogénito y lo acuesta en un pesebre. Ese niño pequeño, así nacido, así ubicado, no es otro que el Creador de cielos y tierra, el Hijo Eterno de Dios.

Pues bien, nació de una mujer pobre, yació en un pesebre, criado para el bajo oficio de carpintero, cuando comenzó a predicar el Evangelio no tenía dónde reclinar su cabeza, y por último fue condenado a muerte, una infame y terrible muerte, la que sufrían los criminales.

Predicó el Evangelio durante los últimos años de Su vida, como leemos en la Escritura, pero no comenzó a hacerlo hasta que tuvo treinta años. Durante esos treinta años parece haber vivido como vive hoy un hombre pobre. Día tras día, una estación tras otra, invierno y verano, un año después de otro, pasaron como nos ocurre a cualquiera de nosotros. De ser un bebé en brazos se convirtió en niño y luego en un muchacho, y así creció “como una tierna planta” en

estatura y sabiduría. Y entonces parece haber seguido el trabajo de José, su padre adoptivo, continuando de forma ordinaria sin ningún gran acontecimiento hasta que tuvo treinta años. ¡Qué magnífico es todo esto!, que viviera aquí, sin hacer nada importante durante tanto tiempo, viviendo como si fuera por el mismo hecho de vivir, sin predicar o reunir discípulos, sin adelantar de alguna manera la causa que le hizo descender del cielo. Hubieron, sin duda, razones profundas y sabias del consejo divino para que continuara tanto tiempo en la oscuridad. Sólo quiero decir que *nosotros* no las conocemos.

Es notable que aquellos que le rodeaban parecen haberle tratado como uno de sus iguales. Sus hermanos, es decir, sus parientes, sus primos, no creyeron en El. Y también se ve, por lo que se nos dice en la Escritura, que cuando comenzó a predicar y reunir multitudes “Al oírlo los suyos, salieron para apoderarse de Él, porque decían: ‘Ha perdido el juicio’” (Mc 3,21). Lo trataron como hubiéramos decidido tratar nosotros, y con razón, a cualquier persona hoy que comenzara a predicar en la calle. Digo “con razón” porque tales personas generalmente predicar un “nuevo” Evangelio, y entonces debe estar equivocado. Además, predicar sin ser enviados, y contra la autoridad, todo lo cual es malo también. Por eso estamos a menudo tentados de decir, y no injustamente, que tales personas están “fuera de sí” o son locos. Es caritativo hablar así a veces, pues es mejor ser loco que desobediente. Pues bien, lo que diríamos de semejantes personas es lo que los amigos de nuestro Señor dijeron de él. Habían vivido tanto tiempo con El y sin embargo no lo conocían, no entendían lo que era. No veían nada que marcara una diferencia entre ellos y El. Se vestía como otros, comía y bebía como todos, iba y venía, hablaba, caminaba, y dormía como los demás. Era en todos los aspectos un hombre, excepto en no tener pecado, pero esta gran diferencia la mayoría no la detectaba, porque ninguno de nosotros comprende a quienes son mucho mejores que uno. De modo que Cristo, el Hijo de Dios sin pecado, podría estar viviendo junto a nosotros y no lo descubriríamos.

2. Digo que Cristo, el Hijo de Dios sin pecado, podría estar viviendo ahora en el mundo como nuestro vecino de la casa de al lado, y quizás no lo descubriríamos. Y este es un pensamiento en el que deberíamos extendernos. No quiero decir que no haya un número de personas que podrían estar seguras que no fuera Cristo. Desde luego, serían personas que no llevaran una vida mala e irreligiosa. Pero existen otras que no son de ningún modo irreligiosas o seriamente culpables, que son muy parecidas a cualquier otra a primera vista, pero que a los ojos de Dios son muy distintas. Me refiero a la gran masa a la que se llama hombres respetables, que varía muchísimo, siendo algunos meramente decentes y personas externamente correctas, sin tener gran sentido de la religión, sin negarse a sí mismas, sin un ardiente amor a Dios, sino al mundo. Y mientras su interés reside en ser regulares y ordenados, o no tener pasiones fuertes, o entrar tempranamente por el camino de una vida constante y formar sus hábitos en consecuencia, son lo que son, decentes y correctos, pero muy poco más.

Sin embargo, hay otros que al mundo le parecen iguales, pero que son muy diferentes en sus corazones. No hacen gran exhibición, continúan en el mismo camino tranquilo y ordinario de los demás, pero en realidad se están entrenando para ser santo en el cielo. Hacen todo lo que pueden para cambiar, para llegar a ser semejantes a Dios, para obedecerle, para disciplinarse, para renunciar al mundo. Pero lo hacen en secreto, tanto porque Dios les dice que lo hagan así como porque no les gusta que se sepa. Más aún, existen otros entre estos dos tipos con más o menos mundaneidad y más o menos fe. Pero todos parecen casi iguales a los ojos comunes, pues la verdadera religión es una vida escondida en el corazón, y si bien no

existe sin obras, éstas son en su mayor parte obras secretas, secretas caridades, secretas oraciones, secretas negaciones de sí, secretas luchas, secretas victorias.

Por supuesto, en la medida en que las personas nacen a la vida pública son vistas y escrutadas, y, en cierto sentido, más conocidas. Pero estoy hablando de la condición ordinaria de la gente en la vida privada, como fue la de nuestro Salvador por treinta años, y ésta se parece mucho a cualquier otra. Y existen muchas de ellas que, a menos que estemos muy cerca de ellas, no podemos hacer ninguna distinción entre una y otra, no tenemos los medios para hacerlo, y no es asunto nuestro. Y sin embargo, aunque no tenemos derecho a juzgar a otros, sino dejar esto a Dios, es muy cierto que un hombre realmente santo, un verdadero santo, aunque parece como cualquier otro hombre tiene una suerte de poder secreto que atrae a los que son de igual parecer e influencia a todos lo que tienen algo semejante a él. Y por eso llega a ser una prueba si somos de igual parecer que los santos de Dios, si tienen influencia sobre nosotros. Y aunque rara vez tenemos medios de saber en el momento quiénes son los santos propios de Dios, después de todo es demasiado lo que tenemos. Y entonces al mirar atrás lo que pasó, quizás después que ha muerto, si les conocimos podemos preguntarnos qué poder tuvieron sobre nosotros, si nos atraieron, nos influenciaron, nos humillaron, si hicieron arder dentro nuestro los corazones. ¡Ay!, demasiado frecuentemente hallamos que nos hemos cerrado a ellos por largo tiempo, y que habiendo tenido los medios de conocerlos no los conocimos, lo cual es una pesada condenación, ciertamente.

Ahora bien, esto se ve ejemplificado singularmente en la historia de nuestro Salvador al haber sido tan verdaderamente santo. Cuanto más santo un hombre es, menos comprendido es por los hombres del mundo. Todos los que tienen alguna chispa de fe viva le comprenderán en cierta medida, y cuanto mas santo sea serán más atraídos, en su mayor parte. Pero aquellos que sirven al mundo estarán ciegos para reconocerle, o le despreciarán y les resultará antipático, cuanto más santo sea. Esto, digo, es lo que le pasó a nuestro Señor. Era santísimo, pero “la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”. Sus parientes no creyeron en EL. Y si esto fue realmente así y por la razón que he dicho, seguramente viene la pregunta de si nosotros le hubiéramos comprendido mejor que ellos, de si habiendo sido nuestro vecino de al lado, o uno de nuestra familia, le hubiésemos distinguido de cualquier otro que fuese correcto y calmo en su porte, o mejor dicho, si no hubiésemos pensado, aún respetándole (¡Oh, qué expresión, qué lenguaje hacia el Dios Altísimo!) aún yendo tan lejos como esto, si hubiésemos pensado de El como extraño, excéntrico, extravagante e imaginativo. Mucho menos si hubiésemos detectado alguna chispa de esa gloria que El tenía con el Padre antes que el mundo fuese, y que estaba meramente escondida, no apagada, en Su tabernáculo terrenal. Esto, verdaderamente, es un pensamiento muy temible, porque si estuvo cerca nuestro por largo tiempo y no vimos nada maravilloso en El, deberíamos tomarlo como una prueba clara de que no somos suyos, pues “Sus ovejas conocen Su voz y le siguen”, deberíamos tomarlo como una prueba clara de que no le conoceríamos, o admiraríamos Su grandeza, o adoraríamos Su gloria, o amaríamos Su excelencia, si fuéramos admitidos en Su presencia en el cielo.

3. Y esto nos lleva a otro pensamiento más serio al que me referiré. Somos muy dados a desear haber nacido en los tiempos de Cristo, y excusarnos de esta manera nuestra mala conducta, cuando la conciencia nos reprocha. Decimos que si hubiéramos tenido la ventaja de estar con Cristo hubiésemos tenido motivos y restricciones más fuertes contra el pecado. Respondo que lejos de ser reformados nuestros hábitos pecaminosos por la presencia de Cristo, lo probable es que esos mismos hábitos nos estorbarían para reconocerle. No hubiésemos sabido que estaba presente, y si nos hubiera dicho quién era El no le hubiésemos

creído. Más aún, si hubiéramos visto sus milagros, aunque pueda parecer increíble, aún ellos no nos habrían hecho ninguna impresión duradera. Si entrar en esta materia, considerad solamente la posibilidad de que Cristo esté cerca nuestro, aún sin hacer ningún milagro, y nosotros sin saberlo. Creo que este habría sido literalmente el caso de muchos hombres. Pero ya es suficiente sobre este asunto.

Lo que vengo a decir es esto: quiero que observéis qué pavorosa luz arroja esto sobre nuestra expectativa del mundo venidero. Pensamos que el cielo debe ser un lugar de alegría para nosotros, si conseguimos estar allí, pero la gran posibilidad es, si juzgamos por lo que ocurre aquí abajo, que un mal hombre llevado al cielo no sabría que está en el cielo. No sigo con la cuestión ulterior de si, por el contrario, el mismo hecho de estar en el cielo con toda su falta de santidad no sería literalmente un tormento para él, encendiendo las llamas del infierno dentro suyo. Esto sería, ciertamente, el modo más espantoso de descubrir dónde está. Pero supongamos el caso más liviano: que él pudiera permanecer en el cielo sin ser condenado, pero que al menos no supiera que está allí. No vería nada maravilloso allí. ¿Pudieron los hombres estar más cerca de Dios que cuando lo prendieron, lo golpearon, lo escupieron, lo llevaron a toda prisa, lo desvistieron, le extendieron sus miembros sobre la cruz, lo clavaron en ella, lo levantaron en alto, contemplándolo, insultándole, dándole vinagre, mirando de cerca si estaba muerto, y traspasándole después con una espada? ¡Oh terrible pensamiento, que las aproximaciones más cercanas que el hombre ha hecho a Dios sobre la tierra haya sido en la blasfemia! ¿Quién de los dos estuvo más cerca de El, Santo Tomás a quien se le permitió alargar la mano y toda reverentemente Sus llagas, y San Juan que descansó en Su pecho, o los brutales soldados que le profanaron miembro por miembro y le torturaron nervio por nervio? Su bendita Madre, por cierto, estuvo más cerca aún de El. Y nosotros, si somos verdaderos creyentes, más cerca aún, al tenerle realmente, aunque espiritualmente, dentro nuestro. Pero esta es otra cosa, una suerte de aproximación interior.

De aquellos que se acercaron a El externamente, llegaron más cerca los que no sabían nada de ello. Así es con los pecadores: podrían caminar junto al trono de Dios, podrían mirarlo estúpidamente, podrían introducirse y curiosear, sin ver nada malo en ello pero con una suerte de bruta curiosidad, hasta que los relámpagos vengadores los destruyan. Todo porque no tienen *sentidos* que los guíen en la materia. Nuestros sentidos corporales nos advierten de la cercanía del bien o del mal en la tierra. Por el sonido, por el olfato, por la sensación sabemos lo que nos está sucediendo. Sabemos cuándo estamos expuestos a la intemperie, cuándo nos esforzamos demasiado. Tenemos advertencias y sentimos que no debemos rechazarlas. Ahora bien, los pecadores no tienen sentidos espirituales, no pueden presagiar nada, no saben lo que les va a pasar al momento siguiente, y entonces, van sin miedo más y más lejos entre precipicios, hasta que caen de golpe, o son golpeados y mueren. ¡Seres miserables!, ¡y esto es lo que hace el pecado por las almas inmortales, que deban ser degolladas como el ganado en la carnicería, aún tocando y oliendo las mismas armas que las van a destruir!

4. Pero diréis ¿en qué nos concierne esto a nosotros? Cristo no está aquí, por lo cual *nosotros* no podemos de ningún modo insultar a Su Majestad. ¿Estamos tan seguros de esto? Ciertamente no podemos cometer abiertamente semejantes blasfemias. Pero es otro asunto si no podemos cometerlas tan grandes, porque a menudo los pecados son mayores cuando son menos llamativos, los insultos más penetrantes cuando no en voz alta, los males más profundos cuando más sutiles. ¿No recordamos un pasaje verdaderamente terrible? “Si alguno habla contra el Hijo del hombre, se le perdonará, pero al que hablare contra el Espíritu Santo, no se le personará ni en este mundo ni en el venidero” (Mt 12,32). No estoy decidiendo si esta

denuncia puede o no ser cumplida en el caso de los cristianos ahora, aunque cuando recordamos que *estamos* en el presente bajo el ministerio de ese mismo Espíritu del que habla nuestro Salvador, esto es una cuestión muy seria. Pero lo cito para mostrar que puede haber pecados más grandes aún que el insulto y la injuria inferida a la persona de Cristo, aunque pensemos que eso es imposible y que no podrían ser tan flagrantes o descubiertos. Consideremos con esta idea lo siguiente:

Primero, que Cristo está aún en la tierra. El dijo expresamente que volvería otra vez. La venida del Espíritu Santo es tan realmente Su venida, que tanto podríamos decir que no estaba aquí durante Su vida terrena cuando era visible en este mundo, como negar que esté ahora, cuando está aquí por Su divino Espíritu. Esto es ciertamente un misterio, cómo Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, dos personas, pueden ser uno, cómo El puede estar en el Espíritu y el Espíritu en El. Pero así es.

Segundo, si El está aún en la tierra, aunque no visible, lo cual no puede negarse, es claro que se mantiene aún en la condición que eligió en los días terrenales. Quiero decir que El es un Salvador escondido, al cual podemos acercarnos sin la debida reverencia y temor, a menos que seamos cuidadosos. Dondequiera esté, lo cual es una cuestión ulterior, El está aún aquí, y nuevamente en secreto. Y cualesquiera sean las señales de Su presencia, deben ser sin embargo de tal naturaleza que admitan personas que duden dónde está, que si argumentan y son perspicaces y sutiles puedan quedar perplejos o dejar perplejos a otros, como hicieron los judíos aún durante la vida terrena de Jesús, de modo que les parezca que no está presente en ningún lugar sobre la tierra. Y cuando llegan a pensar que está lejos, por supuesto *sienten* que es imposible insultarle como hicieron los judíos antiguamente, pero sí, no obstante, El *está* aquí, *están* acaso acercándose e insultándole, aunque sientan así. Y este fue precisamente el caso de los judíos, pues ellos también eran no sabían lo que estaban haciendo. Es probable, pues, que podamos ahora cometer cuando menos una blasfemia grande hacia EL como primero hicieron los judíos, porque estamos bajo la dispensación de ese Espíritu Santo, contra el cual *pueden* cometerse aún pecados más nefandos, y porque Su presencia es tan poco manifestativa de sí e impresionante para la mayoría, como también lo fue Su presencia corporal antes.

Vemos una razón más para esta aprehensión cuando consideramos cuáles son las señales de Su presencia ahora, pues se resultarán ser de una naturaleza tal que lleven a los hombres a la irreverencia, a menos que sena humildes y vigilantes. Por ejemplo, a la Iglesia se la llama “Su Cuerpo”. Lo que era el Cuerpo material de Cristo cuando El era visible en la tierra, tal es la Iglesia ahora. Es el instrumento de Su poder divino. Es eso a lo que debemos aproximarnos para obtener el bien que viene de El. Es eso que al insultar despertamos el enojo de Cristo. Ahora bien, ¿qué es la Iglesia sino un cuerpo de humillación, casi provocando el insulto y la profanación, cuando los hombres no viven de la fe? Es un vaso terrenal más aún que Su Cuerpo de carne, pues al menos éste era puro y libre de todo pecado y la Iglesia está manchada en todos sus miembros. Sabemos que sus ministros son, en el mejor de los casos, imperfectos y pecadores, y de pasiones semejantes a las de sus hermanos, aunque de ellos El ha dicho, hablando no sólo a los Apóstoles sino a los setenta discípulos. “Quien a vosotros escucha a Mí me escucha, y quien a vosotros rechaza a Mí me rechaza, y rechaza a Aquel que me envió” (Lc 10,16).

El ha hecho de los pobres, débiles y afligidos, indicios e instrumentos de Su presencia, y aquí también, se ve claramente, sale a nuestro encuentro la misma tentación de rechazar o profanar. Lo que El fue, eso son Sus elegidos seguidores en este mundo, y así como Su estado

oscuro e indefenso llevó a los hombres a insultarlo y maltratarlo, así también las mismas peculiaridades en los indicios de Su presencia llevan a los hombres a insultarle ahora. Que esos son Sus señales o indicios queda claro en muchos pasajes de la Escritura. Por ejemplo, dice de los niños, “Quien recibe en mi nombre a un niño como éste, a Mí me recibe” (Mt 18,5). Dijo a Saulo, que perseguía a Sus seguidores, “¿Por qué me persigues?” (Hech 9,4). No s advierte que en el último día dirá a los justos, “Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; estaba preso y me vinisteis a ver”. Y agrega, “En cuanto lo hicisteis al más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo hicisteis” (Mt 25,35-40). Establece la misma conexión entre Sí mismo y Sus seguidores en Sus palabras a los malvados. Lo que hace más temible y antagónico este pasaje es lo que ya ha sido señalado antes (ver Pensamientos de Pascal): que ni los justos ni los réprobos *sabían* lo que estaban haciendo. Aún los justos aparecen como inconscientes de haberse aproximado a Cristo, diciendo, “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber?”. En todo tiempo, pues, Cristo está también en el mundo, y, aunque no públicamente, más que en aquel tiempo de su aparición terrena.

Y se aplica una observación similar a Sus mandatos, que son al mismo tiempo muy simples pero muy íntimamente conectados con El. San Pablo, en su carta a los Corintios, muestra tanto lo fácil como lo temible que es profanar la Cena del Señor \*, mientras que manifiesta qué grande había sido el exceso de los corintios, pero también que había que *discernir* el Cuerpo del Señor. Cuando nació en el mundo, el mundo no lo supo. Yació en un rudo pesebre, entre los animales, pero “todos los ángeles de Dios le rindieron culto”. Ahora también El está presente sobre una mesa, sencilla tal vez en su hechura, y no suficientemente honorable en sus detalles, y la fe adora, pero el mundo pasa de largo.

Orémosle, pues, para que ilumine los ojos de nuestro entendimiento, de modo que podamos pertenecer al Huésped Celestial y no a este mundo. Así como la mente carnal no le percibiría aún en el cielo, así el corazón espiritual puede acercársele, poseerlo y verlo, aún en la tierra.

Traducción de Fernando María Cavaller

\* La Santa Misa, en el lenguaje habitual anglicano.